

LÉEME

Por

CAROLINA LUCÍA NEUHAUS BUZAGLO

Desde muy pequeña su jaula siempre fue el cielo. Es gracioso, en este mundo hay dos tipos de personas: las que no piensan y las que piensan de más. La noche lleva unas horas despierta pero aún es temprano. El silencio de la ciudad danza al ritmo de un buen jazz. 11:59 p.m., tac, tac. Con delicadeza, el segundero se desliza y se posa sobre el cincuenta y nueve, dándole un tono ambiguo al escenario. Parece que va a ser una larga velada. Almudena aprieta sus dedos contra el teclado. “A la una, a las dos y a las...”. No sabe por dónde empezar. “A ver, Arturo, dame una pista, quién serás”.

El tiempo se detiene por un segundo mostrando la recámara de manera estática. El estudio queda en una pequeña habitación a unas cuadras de la plaza de Barranco. Un edificio viejo, de probablemente más de cincuenta años. El escenario es una contradicción en sí mismo. La lámpara que no prende, los libros acomodados milimétricamente, en cuatro cuartos y esa alfombra sucia que jamás limpió. La extraña composición encaja en el *mezzo-piano*. Los cajones del escritorio enmohecidos rechinan repletos de historias inconclusas, ya sin importancia.

Almudena se encuentra frente al monitor, su cuerpo permanece congelado. La habitación gira 180 grados, de forma que la pantalla alumbra directamente su rostro. Entonces levanta la mirada. “La verdad de la verdad, nunca he terminado de escribir un texto literario porque soy muy dura conmigo misma. Mira, va así, se me ocurre una idea... Todo bien. Entonces sigo, me tomo mi tiempo desarrollando al personaje: Arturo. Siempre me ha gustado ese nombre, “se ríe”, te apuesto que te lo veías venir desde un inicio. Entonces lo borro todo de nuevo”.

“Segundo intento. Mira, hay personas que por sus valores, conocimientos, sentimientos, tantas cosas, siguen viviendo a través de los años. ¿Qué tal Arturo?, ¿qué te parece?”. El tiempo sigue detenido. Se puede respirar la humedad en el ambiente: el musgo, la neblina, las plantas, las paredes resquebrajadas. “A un paso de los cuarenta y todavía no tengo nada solucionado. ¿Un café? Ahí viene la etapa de ‘negación’. Así una cosa lleva a la otra y tic toc tic toc. Nada, es que no tengo tiempo, pero la verdad, es que no me atrevo”.

El tiempo se descongela, cierra el monitor, tac tac tac. El reloj sigue marcando las 11:59 p.m. La noche recién ha empezado. Vamos, por qué será que cuando uno se concentra el segundero parece retumbar con más fuerza. Sigue, “Arturo no es poco atractivo, pero tampoco se podría decir que es extremadamente guapo. Es medianamente alto y aparenta ser algo menor de lo que en verdad es. A simple vista me atrevería a decir que tiene cerca de veintidós años. Le gusta la música de los ochenta, los libros ‘hágalo usted mismo’ y los documentales, aunque a nadie le interesen mucho”.

“Los días siempre giran en el mismo sentido en la vida de Arturo. Le toma 20 minutos exactos llegar al trabajo antes de que empiece el tráfico. En las mañanas deja la primera radio que escucha, por lo general es 107.7 FM. Maneja a una velocidad constante, 60 Km/h por la Vía Expresa. Todo calculado de tal manera que llega diez minutos antes de la hora. 6:50 a.m. Acá falta algo. ¿No te parece, Arturo? Lo que necesitas es una historia, un porvenir”.

—Creo que entiendo.

—No es tan difícil, ¿te imaginas cómo sería marcar a alguien? Vivir a través de otra persona.

—Suenan bien -Arturo lo piensa un segundo- supongo.

—Mira, ¿puedes guardar un secreto? -Arturo asiente con la cabeza-. Siempre supe que avanzaba a un ritmo más lento que el resto -sonríe irónicamente-. Ya podría haber publicado algo. Creo que pienso demasiado.

—Me queda clarísimo —los dos se miran y sonríen a la vez— no debería interesarte el resto.

—No sé, me da la impresión que el mundo cada vez toma menos tiempo en dar una vuelta. Todo va tan rápido. La gente habla bastante, ¿sabes?

—Ahí está el problema, ¿quién habla bastante? ¿Por qué te molesta tanto?

Almudena cambia de tema

—Arturo, ¿cómo te ves de acá a unos años?

—Aún no lo sé —Arturo aparta la mirada—. Quiero llevar una vida normal: la universidad no está mal, mi casa no me molesta. ¿Me entiendes?

—¿Y luego, qué? Intenté ser escritora, pero no puedo escribir nada decente —Almudena empieza a levantar la voz, en crescendo—. Nadie recuerda a un fracasado. Tú podrías ser lo que quieras. Tienes mil posibilidades.

—¿Y para qué necesito tantas?

—Nosotros, de por sí, somos seres débiles, finitos. Desde que nacemos se nos voltea el reloj y comienza la cuenta regresiva —se da cuenta de que está agitada y baja la voz—. Nunca voy a entender cómo no te importa.

Almudena aprieta la computadora con ambas manos y cierra la pantalla de un golpe. Están húmedas, su frente está roja. Apaga sus ojos presionando los párpados. Respira profundo: uno, inhala, dos, exhala, tres, basta. 3:23 a.m. Se lleva las manos a la cara. Esto no está funcionando. Esa es una de las cosas de ser tan orgullosa, a una le da terror equivocarse. Mira de reojo la computadora, pero no le da la fuerza para retomar el trabajo. *Forte*. De un golpe lanza todos los objetos del escritorio. Los ve desparramarse por todo el suelo. Abre los cajones donde están sus retazos y los arroja con toda la fuerza que le queda. Uno por uno. Nada de esto sirve, ya nada de esto sirve.

Le parece ver una sombra en el marco de la puerta, aunque sabe que está sola. Entonces siente una respiración en la espalda que la acurruca, piano. Sus ojos siguen cerrados. El tacto de las yemas de unos dedos recorre sus hombros hasta llegar a su cuello. El trombón suena al ritmo de *Love Your Spell Is Everywhere*. Se suelta el moño, las manos le recorren el pelo, siente la frente de Arturo detrás de sus orejas. Su aliento se va acercando más y más por su espalda baja. Le sujeta la mano pero no puede verlo. Sin levantar la vista se van quitando las armaduras. Levanta la mirada y lo encara tiernamente. Marcan las 4:02 a.m. y Almudena abre los ojos.

Levanta la mirada y se mira nuevamente en el espejo. Esta vez con más detenimiento. El agua sigue corriendo en el lavabo y la ventanilla del baño aun no muestra indicios del amanecer. 5:37 a.m. El fluorescente tintinea levemente. “Mira lo que hubiese dado yo porque mi vida signifique algo. Cualquier cosa”. Desliza sus yemas por sus mejillas, sin desprender sus ojos de su reflejo. Primero hacia abajo, hacia arriba, hacia los costados. Cierra los ojos. El agua sigue corriendo.

Moja sus manos en la poza y se las lleva a la cara. Se queda ahí petrificada por un momento, como si estuviese escondida. Va separando los dedos, lentamente, luego mira hacia el frente. Su reflejo la observa con las manos sobre el rostro. ¿A dónde se fueron tan rápido los años? La luz del techo sigue tintineando. Su expresión ya no es lo que alguna vez fue. El tiempo pasó y no ha llegado a nada. “Te esfuerzas, un par de líneas vacías. ¿Y tú? Lo tienes todo, Arturo”. Almudena baja la mirada y cierra el agua.

5:32 a.m. Almudena se abre paso entre los papeles y recoge la caja de cigarros que guarda en el estante. Marlboro rojo. Sus manos tiemblan, al primer intento no logra sujetar la cajetilla. Vamos. La ventana ya está abierta desde hace unas horas. Estira su cuello afuera del marco de la ventana. La primera bocanada siempre la hace toser, como si nunca hubiese fumado antes. Es entretenido ver cómo el humo va dibujando formas en el cielo nocturno. “Algo cliché, ¿no? Fumar mirando el firmamento”.

—¿Me invitas uno? —Arturo ya tiene el cigarro entre los labios.

—Dale, sigue nomás —responde sin despegar la mirada del marco—. Igual ya lo tienes en la boca, ¿no?

Sonríe con la cara hacia el suelo

—¿Estás fastidiada? Si no quieres no hablamos.

—¿De qué quieres hablar?

—No sé...

Pero Almudena lo interrumpe de golpe

—Si no sabes, mejor no hablemos.

Arturo se queda a su lado mientras se acaba su cigarro. Se nota que está incómodo. Almudena no separa la mirada del frente. Él se lleva el cigarro a la boca y la mira de reojo. Lo que sucede en la cabeza de Arturo es un misterio. Por su expresión uno podría pensar que le está dando mil vueltas, o en verdad no está pensando en nada.

—Almu, ya es tarde, me tengo que ir. ¿Estamos bien?

—Perfectos.

—¿Nos vemos pronto?, ¿mañana?

—Dale —exhala—, te espero.

La bocanada juega con la única estrella que se asoma entre las nubes. Ahora sí se ha quedado sola.

Me pasé de loca ¿no, Arturo? Esa es una de las cosas de crecer, uno empieza a pensar de más y se frustra. Te das cuenta de que, bueno, resalando lo evidente, Borges te da tres vueltas y eso. *Fortissimo*. ¿Ahora sí entendiste, Arturo? Entonces tus líneas suenan vacías o tal vez tu conflicto no es lo suficientemente fuerte. Lo borras todo y lo vuelves a borrar. Yo sé, tú sabes, nosotros sabemos, eso, nociones básicas del presente simple.

6:05 a.m. Los rayos del sol remojan las calles de Lima, todavía es bastante temprano. Dentro del estudio, se puede ver que Almudena se ha quedado dormida sobre el teclado. Esta noche ha avanzado un paso. La madrugada se ha desvanecido pero todavía se pueden escuchar sus elementos respirando al unísono, como un violín, *decrescendo* hasta llegar a *pianissimo*. Los arpeggios susurran, juegan, se traslapan, unos sobre otros en una misma composición. Shhh. Todo en silencio: decaen alargando y por último se apagan. Se podría decir que en Do mayor.